

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Desde la Santísima Trinidad hasta el Santiago apóstol

*Con la solemnidad de Corpus y los domingos
10 al 17 del tiempo ordinario*

Del 26 de mayo al 28 de julio de 2024

Ciclo B

Santísima Trinidad / B

1 lectura: Deuteronomio 4,32-34.39-40

El Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí en la tierra.

El Deuteronomio está construido como una serie de discursos de Moisés que se despiden del pueblo, al que ha guiado desde el Éxodo, y antes de entrar en la Tierra Prometida. Moisés verá esta Tierra, pero no la llegará a pisar.

El texto hace una recopilación de los hechos vividos: es la historia del amor de Dios, de su revelación. Este es el hecho capital: Dios se ha querido dar a conocer a un pueblo de esclavos, les ha revelado su voz y ha combatido él mismo contra el opresor.

El hecho de recordar la historia lleva al reconocimiento, a la fe: «Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios». Y esto hay que recordarlo siempre en el propio corazón. La fe siempre es un recuerdo actual, activo, vivo, que lleva a querer vivir según las directrices de este Dios que se da a conocer en su presencia liberadora y que nos da la vida y la felicidad

2 lectura: Romanos 8,14-17

Habéis recibido un espíritu de hijos, que nos hace gritar: «Abba».

Pablo, en este capítulo, ha estado hablando del contraste entre la vida según la carne y la vida según el Espíritu, y ha insistido en el hecho de que la fe cristiana comporta la vida en el Espíritu y la libertad del control de los deseos de la carne.

En este fragmento nos habla del significado de la vida en el Espíritu. Y el hecho central de la vida en el Espíritu es la poderosa constatación de que somos «hijos de Dios». Esto significa que no somos deudores de la carne y que, por tanto, no somos esclavos; quien no es esclavo ya no está sometido al miedo.

Debemos considerar que el lenguaje de la esclavitud en tiempos de Pablo tenía un significado que a nosotros se nos escapa. Todo el sistema económi-

co de Grecia y de Roma dependía de la esclavitud, y era una realidad cotidiana en la vida de los cristianos de la comunidad de Roma a la que Pablo escribe. Decir que los creyentes no han recibido un espíritu de esclavitud contiene una fuerza revolucionaria absolutamente increíble.

Hay otro hecho de enorme importancia: los cristianos no son simplemente unos «libertos» —esclavos liberados de la esclavitud— sino que se han convertido en hijos de Dios a través de su adopción. Esto también tiene una fuerza de referente cultural enorme dentro del imperio romano, donde la adopción tenía pleno valor legal. Pero Pablo pasará de la fórmula jurídica a formas íntimas de expresión: «Habéis recibido...

un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: “¡Abba!”». Es posible que esta forma de referirse a Dios venga del mismo Jesús, y expresa que en la experiencia cristiana Dios es tan cercano como un padre. Llamar a Dios con el lenguaje de los niños significa también confesar que lo necesitamos. Solo los

que conocen el Espíritu de Dios pueden llamar a Dios así.

Ser herederos significa, por lo menos, compartir una parte de la casa del Padre. Esta expectativa de ser «coherederos con Cristo» y de compartir su glorificación nos hace tener presente también la perspectiva del sufrimiento.

3lectura: Mateo 28, 16-20

Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Este pasaje es la conclusión del evangelio según Mateo. En cierto sentido recapitula toda una serie de elementos que han aparecido a lo largo de la narración evangélica.

Es fácil identificarse con los once discípulos. A la vista de Jesús resucitado lo adoran, como habían hecho cuando lo vieron caminar sobre el agua. Esto mismo habían hecho las mujeres cuando se encontraron con Jesús. El texto, sin embargo, señala que su adoración estaba mezclada con la duda. Su visión no ahuyenta todas las incertidumbres ni todas las preguntas. Los once se mueven entre la adoración y la indecisión, entre la plegaria y el desconcierto. Con todo, los discípulos no son excluidos del grupo por las cuestiones que les angustian. De hecho, la gran misión es precisamente confiada a estos seguidores, que adoran y dudan.

Jesús es el protagonista de esta escena final. Hay que prestar atención a las

palabras que dirige a sus discípulos. Jesús les dice cuál es la premisa en la que se fundamenta la gran misión: la autoridad divina. Jesús tiene el derecho de ordenar a los discípulos que vayan a hacer «discípulos de todos los pueblos» porque «se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra». Los que han seguido el evangelio hasta aquí esto ya lo han oído muchas veces. Aquí, simplemente, nos es recordado.

Esta referencia a la autoridad –que es poder– es especialmente bienvenida aquí, cuando se confía a los discípulos una misión tan difícil. Los discípulos son provistos con las credenciales para la misión, pero también con la fuerza necesaria para llevarla a cabo: es un poder que ellos ya han visto en acción, y que ciertamente supera todo lo que alguien hubiese podido llegar a soñar. La misión confiada, pues, no está amenazada por la debilidad de los enviados ni limitada por sus incertidumbres.

Cuerpo y Sangre de Cristo / B

1 lectura: Éxodo 24,3-8

Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros.

El libro del Éxodo, después de la gran intervención liberadora de Dios del pueblo de esclavos en Egipto –el paso del Mar–, sitúa la acción al pie de la montaña del Sinaí. Después de que Dios mismo pronunciara con su propia voz las «diez palabras» o los «diez mandamientos» al pueblo, todo el resto de la comunicación del Señor con los liberados de Israel es a través del mediador Moisés.

El pueblo se compromete a obedecer lo que el Señor le ordena y Moisés lo escribe: la Escritura se convertirá en un

hecho capital en la experiencia religiosa de Israel, puesto que es la plasmación de la memoria.

La alianza con Dios se sella con un holocausto de vacas (recordemos que la religión de Israel se expresaba culturalmente en forma de sacrificios de animales ofrecidos al templo). La sangre de las víctimas con las que Moisés asperge al pueblo tiene un papel fundamental, puesto que sirve de sello de la alianza de fidelidad que se establece entre el Dios liberador y el pueblo liberado.

2 lectura: Hebreos 9,11-15

La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia.

La carta a los Hebreos es una obra teológica de los inicios de la tradición cristiana, que reflexiona sobre el papel de Jesús en la historia del plan de Dios. Cristo es presentado como un sumo sacerdote, infinitamente más grande que el sumo sacerdote de Israel. El fragmento que hoy proclamamos contrasta algunos detalles de la expiación que realizaba el sumo sacerdote y la que hace Cristo.

«Jesús ha entrado en el santuario una vez para siempre». La acción en el templo de Jerusalén –la celebración del día de la Expiación– tenía que ser repetida cada año, mientras que la de Jesús es definitiva. Aquí ya no se trata de una tienda –tabernáculo– o de un templo

construido por los hombres, sino de una realidad «no de este mundo creado». El sumo sacerdote Cristo entra de manera definitiva en el lugar más sagrado que se pueda imaginar.

Aquí el autor presentará otro contraste impresionante: la sangre con la que el sumo sacerdote aspergía el altar era «sangre de machos cabríos y de toros», pero Jesús usa «la suya propia... consiguiendo la liberación eterna». Si el sacrificio anual de aquellos animales realizaba la santificación del pueblo, ¿qué clase de santificación se llevará a cabo por el sacrificio de Cristo en un lugar «no hecho por manos de hombre»? La respuesta es que aquel sacrificio purificaba de la contaminación externa, pero

este sacrificio definitivo «podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo». Las «obras muertas», en la carta a los Hebreos, siempre son las acciones inmorales.

El sacrificio de Cristo obtiene el perdón de los pecados, que es infinitamente superior a la purificación ritual de los sacrificios de la Ley. Esto nos lleva «al culto del Dios vivo», un culto que será un servicio litúrgico y ético.

3lectura: Marcos 14,12-16.22-26 Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre.

En la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, la liturgia nos ofrece como evangelio para ser proclamado un fragmento del inicio de la pasión según Marcos.

La fiesta de los Ázimos –pan hecho con harina y agua, sin levadura, de manera que no tenía miga– duraba siete días y estaba relacionada con la significación histórica de la fiesta de Pascua. Durante la tarde del 14 de nisán había que dejar las casas sin levadura, y estaba prohibido comer pan fermentado durante los días de la fiesta. Al atardecer las familias se reunían para celebrar la cena pascual, en la que se consumía el cordero, memoria de la gran acción liberadora de Dios que había salvado a Israel de Egipto. En la Pascua toda la familia participaba de la comida que era memorial –memoria hecha presencia actual– de la obra liberadora de Dios y

que liberaba a los que participaban en ella, como había liberado a los padres que participaron de aquella Pascua originaria de la tradición del Éxodo.

La última Pascua de Jesús introduce modificaciones en un rito secular: Jesús indica que se produce un nuevo don de Dios, un nuevo sacrificio, una nueva alianza. El pan partido es el cuerpo del Señor, y la copa compartida es la sangre del Señor, sangre de una nueva alianza, don de Dios a la humanidad.

Esta cena de Jesús hace nacer la nueva comunidad humana vinculada a Dios de manera inefable. Los que celebran la Eucaristía pascual se preparan para pasar con Cristo al banquete definitivo del Reino de Dios.

La Eucaristía es un signo viviente de la alianza, es decir, de la comunión entre Dios y las personas.

D. 11 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Ezequiel 17,22-24 Ensalzo los árboles humildes.

Ezequiel es un profeta del tiempo de la primera deportación a Babilonia de la casa real y de la aristocracia de Judá, cuando Nabucodonosor, rey del imperio neobabilónico, conquistó Jerusalén.

La alegoría del cedro que leemos hoy hay que situarla en el contexto de la respuesta profética a la promesa que Natán hizo en nombre de Dios al rey David sobre su dinastía, que había de perdurar (2 Samuel 7). Después de la deportación de Jeconías a Babilonia, y del establecimiento por parte de Nabucodonosor del tío del rey –Sedecías– como rey títere en Jerusalén, ¿qué había esperar de la dinastía de David?

La respuesta del profeta es que será Dios mismo quien restablecerá «una rama del alto cedro y la plantará» –la dinastía de David– en Jerusalén y se convertirá en «un cedro noble».

No son los reyes poderosos los que determinan el sentido de la historia sino la mano del Señor: «Yo soy el Señor, que humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes, que seca los árboles lozanos y hace florecer los árboles secos». El linaje de David volverá a reinar: desde la cruz de Jesús. Recordemos cómo lo dice el evangelista Marcos: «En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”» (Marcos 15,26).

2 lectura: 2 Corintios 5,6-10 En destierro o en patria, nos esforzamos en agradar al Señor.

Pablo, en la segunda carta a los Corintios, dice que los apóstoles se sienten en casa en su vida actual en el cuerpo, pero que preferirían estar en casa junto al Señor. Esto les da coraje para vivir.

Los cristianos se sienten contentos con sus cuerpos, en el mundo físico, pero su casa real está con el Señor, y estar en aquella casa es lo que preferirían.

Este trozo de la enseñanza de Pablo al fin y al cabo nos sitúa en el corazón de la paradoja de la vida cristiana: en el mundo obrando el bien, viviendo en el cuerpo y considerando que su patria verdadera no está aquí, sino «junto al Señor», que juzga «para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho mientras teníamos este cuerpo».

3 lectura: Marcos 4,26-34 Era la semilla más pequeña, pero se hace más alta que las demás.

Las parábolas son siempre textos delicados. Por un lado nos ofrecen algunas de las historias y de las metáforas más

poderosas que hay en toda la Sagrada Escritura, pero también están abiertas a múltiples interpretaciones. El leccio-

nario de hoy nos ofrece la parábola de la semilla que crece sola y la del grano de mostaza.

Se pueden interpretar estas dos parábolas a la luz de la del sembrador de las semillas, que está unos versículos antes en el mismo capítulo de Marcos. Esta parábola contiene una interpretación que quiere consolar a la comunidad cristiana, descorazonada ante el papel marginal que les parece tener en el contexto de una sociedad amplia y plural. Hay personas que escuchan el Evangelio pero, por razones diversas, no quedan atrapadas por su poder. El texto asegura que, en el terreno adecuado, la palabra da un fruto muy abundante, que va mucho más allá de lo que la imaginación más desbordada pudiera llegar a concebir: en Palestina, una cosecha que sacara siete veces más de lo sembrado ya estaba muy por encima de la media; entonces un treinta, un sesenta o un ciento por uno es simplemente prodigioso.

La parábola del grano de mostaza ofrece más motivos para el optimismo. El contraste se establece entre la «semilla más pequeña» y un arbusto que «echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas». En el corazón del imperio romano, la presencia del cristianismo de los orígenes era casi imperceptible, pero la palabra fue haciendo camino hasta llegar a hoy, aquí y a nosotros.

Hay que señalar que la promesa no tiene relación con el éxito inmediato de la Iglesia, o con la prosperidad de los creyentes como personas individuales, sino con el triunfo último del Reino de Dios.

Recordemos que las parábolas son «del Reino»: «¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios?». Y este Reino siempre está envuelto en el misterio. No se trata de un «plan» para el curso de la historia, sino de una realidad que se explica con historias que hablan de sembrar y cosechar. Es muy cierto que «acontece» en el contexto de la Iglesia y en la vida de las personas, pero también irrumpe en los lugares más insólitos y quizá miserables, donde el poder de Dios vence a las fuerzas destructoras del mal.

La parábola de la semilla que crece sola añade aún una nueva dimensión al optimismo sobre el Reino. El sembrador, una vez ha sembrado, no hace ninguna contribución al crecimiento y, en apariencia, ni tan solo entiende cómo llega a madurar: simplemente espera que llegue el momento de la siega. La razón del optimismo es que la cosecha ciertamente llegará. Hemos de entender pues que el cumplimiento del Reino de Dios, en realidad, no depende de nuestros mejores esfuerzos. El fundamento de toda esperanza y de todo optimismo se encuentra en Dios.

D. 12 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Job 38,1.8-11

Aquí se romperá la arrogancia de tus olas

Estamos hoy ante una de las pocas lecturas que el leccionario nos ofrece del libro de Job. Esta obra sapiencial está compuesta de una parte en prosa —el prólogo y el epílogo— que tratan de la paciencia proverbial de un hombre que acepta las desgracias que le sobrevienen y que, al final, es recompensado por Dios con creces. Es como un cuento con final feliz.

La parte central del libro es poesía. El carácter del texto es completamente distinto. Contiene el diálogo de Job con diversos amigos. El protagonista desafía a Dios porque encuentra que su sufrimiento no tiene sentido. Los ami-

gos insisten diciendo que Dios es justo y que Job es un pecador.

Al final del libro Dios, el gran desafiado, habla con Job. Aquí nos hallamos con un fragmento de la intervención de Dios que responde a Job. Las respuestas de Dios son nuevas preguntas sobre el orden y el sentido del cosmos —aquí sobre las misteriosas fronteras del mar—, que la inteligencia del hombre no puede responder.

Dios no responde ninguno de los interrogantes que Job le ha formulado a lo largo del libro, pero se manifiesta y habla con Job. Esto solo ya llena de sentido la existencia.

2 lectura: 2 Corintios 5,14-17

Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.

En este pasaje de la segunda carta de Pablo a los Corintios, Pablo continúa hablando de las paradojas de la condición cristiana.

Una cosa es lo que el mundo ve y otra muy diferente lo que los cristianos saben que es la realidad. Su comprensión del Evangelio, tal como la formula aquí, comienza hablando del amor de Cristo, que es el fundamento de toda la experiencia cristiana. La expresión «uno murió por todos» forma parte del núcleo del credo de Pablo. Esta muerte —la de Cristo— implica la muerte de todos y, sobre todo, esta muerte reivindica las vidas de todos.

El hecho de que Cristo murió «por todos» significa que los creyentes están ligados a esta muerte. Los cristianos no podemos mirar la cruz como si fuese un espectáculo exterior que sirve para que podamos entender las ramificaciones históricas de este acontecimiento; ni la cruz está conectada con los creyentes solo en virtud de alguna influencia que tiene sobre Dios, de tal manera que la cruz persuade a Dios para que perdone el pecado humano. La perspectiva de Pablo es muy distinta: la muerte de Cristo en cruz implica a los creyentes directamente, en la cruz los creyentes morimos y ahora tenemos unas vidas

que no son nuestras, sino que pertenecen a Cristo.

En la parte final del fragmento Pablo concreta las implicaciones de la cruz para la situación presente de la vida humana: «Por tanto, no valoramos a nadie según la carne», es decir, desde el punto de vista humano. A causa de

la cruz los cristianos vemos las cosas de manera diferente: incluso el mismo Cristo ya no es visto con ojos humanos (como si fuera un condenado por los humanos o un insensato); la cruz nos ha de dar a entender que, a partir de ella, por Dios «lo nuevo ha comenzado».

3lectura: Marcos 4,35-41

¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!

La primera parte del evangelio según Marcos relata de manera dramática la irrupción del Reino de Dios en la vida y las acciones de Jesús. En la sección que empieza precisamente en el fragmento de hoy –la tempestad calmada– los lectores u oyentes empiezan a ver el sentido de lo que significa que «está cerca el Reino de Dios» (Marcos 1,15).

El evangelio de hoy nos sitúa ante el hecho inquietante de que Jesús ha calmado al viento y al mar. El núcleo de la cuestión no está en la historicidad o facticidad del hecho narrado, sino en el sentido de la narración en su contexto.

Hemos de tener presente, en primer lugar, que el mar, en el Antiguo Testamento simboliza el caos, que es dominado por Dios en la creación. Fijémonos en la formulación del salmo: «Increpó al mar Rojo, y se secó; los condujo por el abismo como por tierra firme» (Sl 106,9). Cuando Jesús calma la tempestad no es simplemente una demostración de poder sobre la naturaleza, sino un acto

salvador en el que las fuerzas caóticas del mar son doblegadas. El milagro tiene el propósito de rescatar a los discípulos del miedo y del caos.

Fijémonos en que la travesía del mar no forma parte de un plan de distracción y de ocio ideado por los discípulos, sino que es una instrucción que ha dado el mismo Jesús. En segundo lugar, el narrador pone mucho énfasis en señalar que la tempestad era formidable y pavorosa. La angustia de los discípulos, pues, no es infundada: la situación era desesperada. El sueño de Jesús es también significativo: su propia confianza en Dios le da una paz completa, que contrasta con el pánico de los discípulos ante el caos del mar.

La acción salvadora de Jesús hace que los discípulos se formulen la cuestión capital: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!».

Jesús siempre comparte con los suyos las tempestades de la vida, y siempre puede actuar sobre estas.

D. 13 del tiempo ordinario

1 lectura: Sabiduría 1,13-15; 2,23-24

La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo.

El libro de la Sabiduría, que fue el último de los libros escritos del Antiguo Testamento, hace en este pasaje una serie de afirmaciones muy interesantes. Nos dice que “todo lo creó para que subsistiera”. Este es el proyecto de Dios, que permanece válido hasta incluso después del pecado que ha causado la muerte. Pero, ¿cuál es esta muerte de la que se habla al final del fragmento?: «La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y los de su partido pasarán por ella»? Es evidente que no se puede referir a la muerte física, porque esta afecta a todos y no solo a los impíos. La muerte física, pues, es una realidad ambigua, y de por sí no

es un mal, sino que solo es signo de una muerte radical, aquella eterna, que solo será experimentada por los impíos.

En este momento hay que dejar bien claras tres cosas: a) la condición natural de la mortalidad humana; b) la muerte física –signo de la condición de realidad creada–, que es ambigua; c) la muerte eterna del impío entendida como castigo. La muerte física es ambigua porque es el paso a la vida eterna para los justos, y preludio de la ruina eterna para los malvados. La muerte eterna de los malvados, pues, es aquella muerte que Dios no ha creado. El justo experimenta la muerte física de manera completamente diferente al impío.

2 lectura: 2 Corintios 8,7.9.13-15

Vuestra abundancia remedia la falta que tienen los hermanos pobres.

Pablo, en este fragmento de la segunda carta a los Corintios, aconseja a la comunidad participar en la colecta destinada a los cristianos pobres de Jerusalén. Señalemos que es un consejo, no un mandato. Pablo recuerda la riqueza y la pobreza de Jesucristo: «Siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». El apóstol se refiere a lo que el evangelio ya ha realizado y urge a los cristianos a vivir de acuerdo con esta nueva realidad. Lo más importante, para Pablo, es que los cristianos de Corinto deseen realizar este don, que sea el resultado de una decisión libre y no de una obligación.

El sentido del hecho es importante: la colecta ha de ser una ayuda que simbolice la unidad de judíos y paganos en la Iglesia. La actitud ante el don no se puede separar del mismo don.

La parte final del fragmento nos presenta el balance que ha de existir entre estas dos partes de la comunidad: los cristianos de origen pagano y los pobres de Jerusalén. En Romanos 15, Pablo habla de la deuda espiritual de los paganos respecto a los judíos, la colecta ayuda a satisfacer esta deuda. Aquí Pablo vincula este principio con la cita de Éxodo 16,18, que proviene de la

narración del don divino del maná. Una parte de este prodigio es que no importaba la cantidad recogida de maná, ya

que nadie tenía ni demasiado poco ni mucho.

3lectura: Marcos 5,21-43 Contigo hablo, niña, levántate.

El evangelio de hoy nos presenta dos narraciones sutilmente entretrejidadas: el levantamiento de la hija de Jairo y la curación de la mujer que sufría hemorragias de sangre. Una historia es interrumpida por la intrusión de la otra. El efecto dramático es remarcable.

Las semejanzas son notables: dos personajes toman la iniciativa de acercarse a Jesús, y los dos están en una situación desesperada. Señalemos que Jairo «se echó a sus pies, rogándole con insistencia...». La mujer padece una hemorragia incurable que la ha dejado en una gran debilidad física y ritualmente impura. El mal ha durado doce años. Las personas entendidas y cercanas dicen que no hay ningún remedio.

El texto presenta el contraste entre el poder que sale de Jesús cuando la mujer le toca el manto y la falta de poder de los médicos. Una cosa semejante ocurre con Jairo. Los que llegan de su casa le dicen. «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?». A pesar de todos los factores en contra, ambos personajes van a Jesús con fe. Las palabras de Jesús al jefe de la sinagoga son contundentes: «No temas; basta que tengas fe».

La mujer, cuando se identifica a sí mis-

ma como la que ha tocado a Jesús, recibe un elogio sobre su fe. Señalemos que la respuesta de Jesús va más allá de la curación física: «Hija, tu fe te ha curado». La enfermedad de la mujer causaba dolor físico y aislamiento religioso y social. Ahora se encuentra restablecida a una situación completamente nueva.

Señalamos otro detalle significativo. Ante la petición de Jairo Jesús se apresura a partir, pero cuando es entretenido por el asunto de la mujer, Jesús se para a conversar con esta persona sin nombre conocido. Ella, a ojos de Jesús, no tiene menos importancia que la hija de un jefe religioso muy conocido. Esta lectura nos recuerda que personas marginales pueden tener un lugar muy importante en la realización del Reino de Dios.

Finalmente, hay que destacar que la niña es restaurada a un estado de existencia terrenal, de manera que tendrá que morir. La narración está centrada en la confianza persistente de Jairo que cree en el poder de Jesús, y que ni tan solo es disuadido por las palabras de aquellos que hablan de la presencia de la muerte. La narración del milagro sirve para vindicar la fe de los que se niegan a capitular ante estas voces.

D. 14 del tiempo ordinario

1 lectura: Ezequiel 2,2-5

Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.

Los profetas hacen resonar la voz de Dios en el corazón de la historia del pueblo de Israel, normalmente en momentos de tribulación. Ezequiel era un sacerdote deportado en la primera deportación de Jerusalén a Babilonia del año 597. Allí se convertirá en un profeta que hablará con unas imágenes de gran fuerza y que realizará unas acciones simbólicas destinadas a dejar huella.

La tarea profética encomendada a Ezequiel proviene del Espíritu —«el espíritu entró en mí»—, fuerza de Dios que mueve a las personas y que hace hablar a los profetas.

La forma «hijo de Adán» —que significa simplemente «hombre»—, tan característica de Ezequiel, indica la condición de debilidad del destinatario. Aquel que recibe el Espíritu es un hombre débil y mortal, que recibirá la misión de anunciar la poderosa palabra de Dios en medio de un pueblo rebelde, infiel al Señor de la alianza, al Dios de la libertad. Aunque al pueblo de Israel se le haya endurecido el corazón como las piedras, el profeta, constituido por el Espíritu como mensajero de la palabra de Dios, es siempre una presencia de esta voz que salva.

2 lectura: 2 Corintios 12,7b-10

Presumo de mis debilidades, así residirá en mí la fuerza de Cristo.

Este texto de Pablo de la sección final de su segunda carta a los Corintios presenta notables dificultades. Las especulaciones sobre la identificación de la enigmática expresión «una espina en la carne» han pasado de causas físicas a causas psicológicas, y no han dado nunca ningún resultado convincente.

Es imprescindible tener en cuenta el contexto más extenso de la carta a fin de poder ofrecer alguna luz a este fragmento. En 2 Corintios 10–13 Pablo hace una afilada defensa de su ministerio a la vez que envía un virulento ataque a otros predicadores cristianos que han pasado por Corinto. La situación es

muy grave. Los llamados «superapóstoles» han atacado a Pablo diciendo que no ofrece los poderes adecuados a un apóstol: no hace grandes prodigios ni ha recibido experiencias espirituales extraordinarias.

En respuesta a estos ataques, a partir de 2 Corintios 11,16 empieza a parodiar a sus oponentes. Pablo rechaza gloriarse de sus méritos, fuerza y poder, pero en un juego retórico y humorístico de gran sagacidad se gloria de que demuestra su debilidad y vulnerabilidad. En este momento habla de esta «espina» y de este «enviado de Satanás» —que no sabemos qué clase de enfermedad o de dificul-

tad debe ser— de la que ha pedido «tres veces» ser librado y solo ha obtenido fracasos.

Es una prueba de «antipoder» que seguramente se podría trasladar a cualquier momento de la historia genuina de la Iglesia.

Ante tal muestra de falta de poder por parte de apóstol, la solución está clarísima para Pablo: «Te basta mi gracia». En la debilidad de Pablo habita el poder de Cristo: «Así residirá en mí la fuerza de Cristo», el poder necesario para que se pueda manifestar la fuerza del Evangelio.

3lectura. Marcos 6,1-6

No desprecian a un profeta más que en su tierra.

El evangelio de este domingo sirve como conclusión de la sección del evangelio según Marcos que ha remarcado las obras poderosas de Jesús y las respuestas recibidas de personas y grupos diversos. Aquí Jesús es rechazado con escepticismo por la gente de Nazaret, su pueblo. Señalemos que la situación se ha ido agravando: «Los fariseos, por su parte, y los del partido de Herodes, se reunieron, al salir, para tramar el modo de matar a Jesús» (Marcos 3,6); «Algunos de sus parientes se enteraron, vinieron con la intención de llevárselo a la fuerza, porque decían que estaba loco» (Marcos 3,21); «Los maestros de la ley llegados de Jerusalén decían que Jesús estaba poseído por Belzebú» (Marcos 3,22); por otro lado, sin embargo, la mujer que sufría pérdidas de sangre, y Jairo, jefe de la si-

nagoga, demostraron una fe poderosa en Jesús. Algunas semillas habían caído en tierra buena y habían dado fruto.

Hay una pregunta intrigante: ¿por qué la gente de Nazaret rechaza a Jesús? Estos quedaron inicialmente admirados de su enseñanza en la sinagoga, pero seguidamente pensaron que esto no era posible del hijo de María, uno que había crecido con ellos. Entonces «esto les resultaba escandaloso»: esto es lo que ocurre con los que empiezan y después abandonan; con los que llegan a ser desertores. Esta gente no puede aceptar que Jesús puede ser la encarnación de las promesas salvadoras de Dios a su pueblo de Israel.

El ministerio de Jesús y la proclamación del Reino de Dios, sin embargo, no se detienen: «Recorrió los pueblos de alrededor enseñando».

D. 15 del tiempo ordinario

1 lectura: Amós 7,12-15 Ve y profetiza a mi pueblo.

Amós es el profeta escritor más antiguo de la Biblia. A mediados del siglo octavo antes de Cristo, en tiempos convulsos, recibe el encargo de ir a predicar al reino de Israel, al norte, pese a que él provenía de las tierras de Judá. Amós es un profeta de una fuerza singular. Debe ser la primera persona de la historia que se preocupa por los pobres y reprueba a ricos y poderosos. Esto siempre comporta riesgo.

Se presenta en el santuario real de Betel y denuncia la iniquidad de los poderosos

y su insensibilidad ante los pobres. Entonces es expulsado por el sacerdote Amasías: «Vidente, vete y refúgiate en tierra de Judá». El sacerdote piensa que aquel hombre que anuncia desgracias es un profesional de la profecía, pero Amós le responde: «No soy profeta ni hijo de profeta». Amós es un pastor y campesino, que ha escuchado la voz poderosa de la palabra de Dios, que le ha llevado a dejar la faena y el país porque le ha dicho: «Ve y profetiza a mi pueblo de Israel», el pueblo de Dios.

2 lectura: Efesios 1,3-14 Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo.

Pablo suele empezar sus cartas con una fórmula de acción de gracias a Dios por su acción en la vida de la comunidad a la que se dirige. La carta a los Efesios, obra probablemente de un discípulo de Pablo, empieza también de esta manera alabando a Dios por los dones que ha hecho a la humanidad. La palabra «bendito» en griego se puede referir tanto a un acto de acción de gracias o de alabanza como al acto de otorgar un don a alguien. De ahí que el sentido es que Dios es «bendito» por las bendiciones que nos ha concedido, que toman todas las formas concebibles.

La primera constatación es que es imposible concebir un tiempo en el que Dios no hubiese elegido a la humani-

dad. Esta elección crea un pueblo destinado a la santidad, porque Dios quería que fuésemos «sus hijos... por Cristo». Todo lo que ha ocurrido ha sido posible como resultado de la voluntad de Dios y tiene como resultado que «la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya». Ante la elección eterna de Dios en favor de la humanidad; ante la revelación que Dios ha hecho de su Hijo, ante la gracia de Dios, la única respuesta adecuada es la alabanza.

3lectura: Marcos 6,7-13 Los fue enviando.

Después del episodio de la reacción escéptica de la gente de Nazaret ante Jesús, el evangelista Marcos nos presenta la tercera llamada a los discípulos (Marcos 1,16-20; 3,13-19) y el despliegue de la misión que Jesús les ha encomendado realizar en los pueblos de los alrededores. Han recibido poder e instrucciones de Jesús y llevan a cabo una misión satisfactoria de predicación, curación y exorcismo.

Hay tres características que son especialmente dignas de ser señaladas. En primer lugar los discípulos han recibido el encargo de Jesús. En el corazón del ministerio de Jesús reciben la llamada de unírsele en esta tarea. Él les provee de poder para realizar las mismas obras poderosas que él realiza. Por decisión del Señor y no de ellos, los discípulos se convierten en una prolongación de su ministerio. La Iglesia siempre es una comunidad constituida por la llamada y la misión encomendada por Cristo. Solo así es capaz de cumplir el mandato de predicar y de curar en nombre de Jesús.

Jesús llama a gente sencilla. El orden de no llevar nada parte de una demanda no de ascetismo sino de simplicidad. Quien viaja ligero de equipaje no ha de cargar con estorbos, y está claro que no busca ganancias para él. Esta puede ser una buena lección de autenticidad para nuestros tiempos, que son difíciles, como de hecho lo han sido todos los tiempos en la historia de la Iglesia.

La posibilidad del rechazo ha de ser tomada en serio. Entonces, el hecho de sacudirse el polvo de las sandalias puede ser un «testimonio» visible de lo que significa este rechazo, hecho con la esperanza de que un cambio de pensamiento aún es posible. Los discípulos han de saber que no todos los que escucharán harán caso de sus palabras, pero esto no les ha de sorprender ni de desanimar, cuando les cierran las puertas en la cara. Hay que recordar que el mismo Señor ha recibido esta misma respuesta de las autoridades religiosas, de la gente de su pueblo y de su propia parentela.

D. 16 del tiempo ordinario

1 lectura: Jeremías 23,1-6

Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores.

Jeremías profetizó en Judá en los tiempos dramáticos de la gran crisis del imperio neobabilónico que causó la deportación de la casa real, de la aristocracia y de la gente importante del pueblo de Dios a Babilonia, y la destrucción del templo de Dios de Jerusalén.

En este contexto tan convulso el profeta pasa cuentas en nombre de Dios con los «pastores» de su pueblo. Estos responsables indignos del pueblo de Dios han actuado como malhechores: «Dispersasteis mis ovejas, las expulsasteis». Dios, sin embargo, es el verdadero pastor de su pueblo y actuará como tal: «Yo mismo reuniré el resto de mis

ovejas de todos los países adonde las expulsé». En Dios siempre hay promesas de nueva vida: «Para que crezcan y se multipliquen».

El emperador de los neobabilónicos ha destronado a la familia del rey David, que hacía siglos que reinaba en Jerusalén, pero la promesa que Dios había hecho a David mediante el profeta Natán (2Sam 7) se mantendrá e incluso será superada, de manera que lo que no habían conseguido los reyes que reinaron en la historia pasada, ahora será una realidad: «Hará justicia y derecho en la tierra».

2 lectura: Efesios 2,13-18

Él es nuestra paz, él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa.

Este fragmento de la carta a los Efesios ofrece una alabanza a Dios por las acciones que ha hecho en Jesucristo y sus consecuencias para la relación entre Dios y la humanidad.

Los paganos habían nacido al margen de la alianza de Israel —«los que antes estabais lejos»— y eran, por tanto, gente extraña. En el mundo del Imperio de Roma del siglo I ser forastero significaba el aislamiento y la desesperación. Ahora, sin embargo, la realidad ha cambiado: «Por la sangre de Cristo estáis cerca». Los paganos han dejado de ser extranjeros y han pasado a formar parte de un nuevo grupo —«Él ha hecho de los dos

pueblos una sola cosa»— y ahora ya no son alienados y extranjeros, sino que se han convertido en ciudadanos de la casa de Dios, de manera que han recibido el estatus más alto imaginable.

La causa de este cambio de situación ha sido «la cruz». La muerte del Señor tiene un carácter salvífico y universal. «Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo». La situación de los paganos ha cambiado completamente por la muerte en cruz de Cristo. Todo se ha producido por la voluntad de Dios, que ha hecho llegar en Cristo «la noticia de la paz». Quien marca el camino es el Espíritu.

3lectura: Marcos 6,30-34 Andaban como ovejas sin pastor.

El evangelio de hoy nos presenta un hecho singular: la demanda de la multitud fuerza a Jesús a cambiar los planes previstos.

La acción se sitúa en el retorno de la misión de los discípulos, que habían sido enviados por Jesús a proclamar el evangelio en los pueblos vecinos. Pronto se producirá la alimentación prodigiosa de cinco mil personas.

Los discípulos acaban de regresar de la misión y explican a Jesús lo que han hecho: se trata de la narración de la enseñanza que previamente habían recibido del mismo Jesús y que ellos han anunciado en los pueblos vecinos. Jesús les escucha y se da cuenta de que están exhaustos. Entonces les propone ir a un sitio tranquilo a fin de poder descansar. La idea es magnífica. La presencia de la gente ha sido tan agobiante que no han encontrado ni el tiempo ni el lugar adecuado para poder comer. Jesús y los discípulos entonces suben a una barca para ir a otro lugar de la orilla del lago de Galilea para hallar un momento de paz y quietud: hay que recuperar la fuerza del espíritu y del cuerpo. Jesús tiene una sensibilidad exquisita para con todos.

La gente, sin embargo, estaba atenta y ha intuido cuál sería el lugar adonde se dirigirían con la barca y han llegado a

pie incluso antes de que la barca tocara tierra. Los planes de Jesús se han alterado: la presencia de la multitud impide el descanso previsto.

Todo hace pensar en la decepción que debían experimentar Jesús y los discípulos, pero se impone una realidad superior: «Le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor». La gente dejan de ser unos intrusos y se convierten en el objeto del interés más profundo de Jesús.

El Señor se ha dado cuenta de que van errantes y sin objetivo, de que son personas desesperadas y sin norte y «se pone a enseñarles con calma». Jesús, el «pastor verdadero» sabe que hay un camino y lo muestra a la gente.

Jesús ha sabido dar a esta irrupción de los demás, en su vida y en la de sus discípulos, un sentido profundo, movido por la compasión. En otro momento despedirá a la gente para retirarse a la montaña a rezar (Marcos 6,45), pero ahora es preciso que actúe como el pastor de los que no tienen pastor.

La historia mirada desde la perspectiva de la multitud –los que van errantes y buscan una respuesta– tiene un sentido muy diferente. La multitud ha encontrado un pastor compasivo y un maestro generoso, que siempre atiende a quien lo busca.
